

# ESI Y MASCULINIDAD<sup>1</sup>

---

*Luciano Fabbri<sup>2</sup>, Moira Severino, Maite Incháurregui  
y Agustina Peláez*

El presente escrito se realizó en base a una conversación que sostuvimos con Luciano Fabbri en torno a la articulación entre el campo de estudios de las masculinidades y la Educación Sexual Integral (en adelante ESI). En este texto Fabbri nos comparte el encuadre que sustenta las propuestas de formación docente que llevó a cabo en los últimos años, conformado por una dimensión contextual, conceptual y pedagógica. Para esta construcción recupera el trabajo realizado en torno a dos experiencias. Por un lado, la propuesta de formación denominada “Ni príncipes ni machitos. Abordaje de las masculinidades desde la ESI” que realizó con docentes de la Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Educación de Río Negro (UNTER)<sup>3</sup>. Y por otro,

---

1 Este trabajo fue elaborado a partir de la desgrabación de una conversación que se mantuvo con Luciano Fabbri el día 17 de septiembre de 2021, con el propósito de transcribirla para dar lugar a esta producción. De la misma participaron Agustina Peláez, Moira Severino y Maite Incháurregui, quienes además de participar en el intercambio realizaron la edición del texto.

2 Secretario de Formación y Capacitación para la Igualdad, Ministerio de Igualdad, Género y Diversidad Prov. de Santa Fe. Doctor en Ciencias Sociales (UBA), Licenciado en Ciencia Política (UNR). Profesor Seminario Introducción a la Perspectiva de Género (Facultad Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR). Integrante del Centro de Investigaciones Feministas y Estudios de Género (Cifeg-UNR). Integrante del Instituto Masculinidades y Cambio Social (MasCS).

3 La experiencia “Ni príncipes ni machitos. Abordaje de las masculinidades desde la ESI” se compuso de una serie de talleres presenciales de dos días en doble jornada

el taller “Varones, masculinidades y ESI. Violencias, complicidades y políticas de cuidado” dirigido a docentes de colegios de la UNLP, organizado por la Dirección de Inclusión Educativa de la Prosecretaría de Asuntos Académicos a la que pertenecemos. Ambas propuestas tenían un encuadre similar, aunque con diferencias en términos de carga horaria, modalidades y destinataries.

En el primer apartado, Fabbri explica algunas de las discusiones, problemáticas y sensibilidades que caracterizan al contexto actual, signado por una reorganización y transformación de los vínculos y los pactos relacionales de género. En este recorrido se refiere al impulso que el marco legal asociado al género y la sexualidad dio a la ESI, así como los feminismos y movimientos de lucha como “Ni una menos”, sin dejar de reconocer la reacción conservadora que emergió ante el avance de la agenda feminista. En este marco, reflexiona sobre el trabajo con varones al interior de las instituciones educativas y la complejidad que involucra el abordaje de las violencias que, en ocasiones, pendula entre el punitivismo y la victimización. Asimismo, describe las respuestas que construyen algunos varones en este escenario, que oscilan entre el malestar, el enojo y cierto reacomodamiento cosmético. Aquí resalta la importancia de no perder la oportunidad de disputar la interpretación de los malestares y generar herramientas para trabajar con esos varones para que no consoliden sus enojos en posiciones político-ideológicas, contrarias a una agenda de ampliación de derechos.

En el segundo apartado Fabbri desarrolla la dimensión conceptual donde explica la noción de “dispositivo de masculinidad” para referir a la socialización de varones en mandatos específicos orientados a que piensen, crean y sientan que los cuerpos, los tiempos, las energías, las capacidades, las sexualidades de las mujeres y las feminidades, deben estar a su disposición. Desde allí se vislumbra la necesidad de que nuestras intervenciones pedagógicas estén orientadas a reconocer cómo se despliega este dispositivo en nuestras vidas

---

por las filiales de la provincia de Río Negro.

cotidianas, para generar preguntas que interpelen esa posición y promuevan relaciones de mayor implicación, reciprocidad e igualdad.

En el tercer apartado Fabbri plantea la dimensión pedagógica y propone pensar una Educación Sexual Integral Incómoda. Aquí destaca el riesgo de convertir a la ESI en una transmisión y depósito de valores que reproduzcan una mirada del riesgo, biomédica o punitiva que tienda a restituir un nuevo orden y pierda la potencialidad de interpelación que proponen los feminismos. A su vez, invita a perder la pretensión de armonía para habitar la incomodidad que pueda implicar pensar los vínculos y las relaciones de poder. Esto constituye una apuesta y un desafío pedagógico donde la incomodidad no sea expulsiva, sino que podamos crear espacios de confianza y cuidado que hospeden a niñas y jóvenes, así como las incomodidades que puedan despertarse. Además, conlleva que como adultos nos impliquemos personal e institucionalmente, una invitación a politizar nuestras propias relaciones personales y la forma en que se habitan y construyen los vínculos al interior de las escuelas.

En el último apartado, Fabbri comparte la noción de despatriarcalización y desmasculinización. La primera de ellas orientada a reconocer y desmontar las dinámicas de poder que están fuertemente instaladas en las instituciones y que permean la construcción de las relaciones a su interior. Y la noción de desmasculinización, en diálogo con la de masculinidad como dispositivo de poder, propone revertir la lógica de pretender “disponer-de” en las relaciones e instituciones. En este camino también resulta importante problematizar el androcentrismo que construye a los varones blancos, cisheterosexuales y sin discapacidad como la mirada hegemónica, dominante y universal, así como sus formas de construcción del conocimiento que dejan por fuera otros saberes y experiencias gestados desde los márgenes. Revalorizar esos otros recorridos implica una apuesta cuyo propósito es interpelar el centro que opera como núcleo de concentración del poder, del saber, de la autoridad y de la legitimidad.

## **Dimensión contextual: masculinidades interpeladas ante los avances feministas**

Quizás un poco por vicios de formación como politólogo y militante, cuando me refiero a la dimensión contextual propongo situar las coyunturas en las cuales queremos intervenir con una propuesta pedagógica. Entendiendo que tanto la propuesta que realicemos como las subjetividades con las que vamos a tratar van a estar atravesadas por un contexto particular. De esto se desprende el planteamiento de la propuesta, cómo la organizamos, cuáles serán las posibles discusiones, las sensibilidades, las problemáticas que van a estar habitando los espacios en los cuales se despliega la misma.

Parte de ello tiene que ver con pensar que estamos en un contexto de fuerte reorganización de los pactos relacionales de género. Si bien los feminismos en su larga historia han sacudido o interpelado las formas en las que nos vinculamos y nos relacionamos, desde el año 2015 a esta parte se han producido importantes transformaciones, en especial a partir del primer “Ni Una Menos”<sup>4</sup> y luego con todos los debates en relación con la interrupción voluntaria del embarazo. Además, las fuertes movilizaciones y discusiones públicas que tuvieron lugar con los fenómenos de viralización de las denuncias y escraches de las violencias sexistas y los consecuentes impactos en las comunidades educativas, en las escuelas medias, en los centros de estudiantes. Es importante atender que, de algún modo, ese contexto refiere a las sensibilidades con las que vamos a dialogar y a las problemáticas que nos encontramos en todos los espacios sociales, más aún en las instituciones educativas. Las formas en las que hemos comprendido, hablado y denunciado las violencias sexistas han cambiado bastante en estos últimos años y muchas de las prácticas que estaban naturalizadas o normalizadas en las relaciones sexo-afecti-

---

4 En 2015 bajo la consigna “Ni una menos” un grupo de periodistas, activistas y artistas convocaron a una movilización que permitió instalar en la agenda pública y política la lucha contra la violencia machista y los femicidios en la Argentina.

vas, hoy son puestas en cuestión y enunciadas como modalidades de violencia. Eso tuvo un fuerte impacto en los vínculos entre los pibes y las pibas dentro de nuestras instituciones, *hackeando* en algunos casos los recursos que las mismas instituciones habían generado (o no) para abordar, acompañar, intervenir sobre esas situaciones.

Por otro lado, esto se da en un clima o contexto de coexistencia conflictiva entre el avance de la agenda de géneros y sexualidades y una respuesta conservadora, una reacción que busca mantener el *status quo* patriarcal y que, al mismo tiempo, relativiza o niega la agenda que los feminismos y los activismos LGTBIQ+ vienen proponiéndonos. En ese sentido, es importante situar esa variable de la coyuntura en la que intervenimos porque es común escuchar en las instituciones, entre les docentes, incluso muchas veces entre adolescentes y jóvenes, la idea de que esta descripción del sistema patriarcal en el que vivimos es anticuada, como que esto ya pasó. En realidad, estamos en un contexto de cambio y transformación de los vínculos.

Muchas veces se escucha que hay algo que está “evolucionando” en las relaciones entre los géneros, hacia una mayor igualdad, como si fuese un recorrido lineal, sin visibilizar los riesgos ante los que nos encontramos, justamente porque hay una reacción conservadora que rechaza la ampliación de derechos en materia de géneros y sexualidades. Y eso se expresa después de manera más concreta en la coexistencia de una demanda por una mayor implementación de la ESI en las escuelas de manera transversal, sistemática, integral, y también en la necesidad de recuperar las agendas más contemporáneas de los activismos que no necesariamente son parte del marco normativo ni de los lineamientos curriculares de la ley. Me refiero a la ley de matrimonio igualitario, la de identidad de género, cupo laboral travesti-trans, agendas que quizás no estaban previstas en los inicios del desarrollo de estos contenidos y lineamientos curriculares. Y al mismo tiempo un fuerte boicot a la implementación de la ESI que tiene que ver con expresiones conservadoras a las que referíamos antes, que atentan

contra los derechos de niñas, adolescentes y jóvenes, de algún modo ejemplificadas en el movimiento “Con mis hijos no te metas”<sup>5</sup>.

Las variables mencionadas hacen referencia al contexto en el cual nos proponemos intervenir con las propuestas de formación. Pero, además, cuando hablamos de masculinidades en particular, es importante considerar otros factores. Uno tiene que ver con algunas tensiones en torno a cómo interpelamos o desde dónde les hablamos a los varones que queremos que revisen y transformen sus formas de vivir la masculinidad, y ahí muchas de las respuestas tienen el riesgo de caer en una deriva más punitiva donde la institución interviene desde la sanción para restablecer un supuesto orden. En tiempos donde ya no se callan ni se naturalizan las situaciones de violencia, y las formas de enunciar y denunciar son múltiples -desde el pedido de sanción o incluso cierta idea y retórica de que el miedo cambie de bando, entre muchas otras- sería importante pensar cómo apuntar a la reparación de esas violencias y a las heridas y daños que generan, para prevenir efectos de repliegue y temor. La otra cara de esto tiene que ver más con la victimización de los agresores. A veces son las mismas instituciones las que pendulan entre la sanción -exponiendo a quienes son denunciados o señalados como agresores- y la victimización -desresponsabilizando e infantilizándolos “porque son chicos y no saben lo que hacen”-, sin generar los mecanismos para acompañar a que asuman la responsabilidad sobre los daños que pudieron haber generado y buscar las estrategias para repararlos, fundamentalmente no reincidiendo en esas prácticas.

Muchas de las respuestas que pendulan entre el punitivismo y la victimización tienen como trasfondo una mirada adultocéntrica; sigue siendo la propia institución adulta la que determina cuáles deberían ser las respuestas o las estrategias para trabajar con los pibes,

---

5 El movimiento “Con mis hijos no te metas” nació en Perú en 2016 y reúne a sectores políticos y religiosos conservadores que rechazan lo que denominan “ideología de género”. En el marco de esta campaña, en nuestro país sectores conservadores pertenecientes a la iglesia católica y evangélica se oponen a la enseñanza de la ESI en las escuelas.

en el caso de que las piensen. Y creo que esto deja en muchos casos a los propios pibes ante dos respuestas muy clásicas: una tiene que ver con el malestar, con el enojo, una reacción más defensiva/ofensiva hacia la interpelación de sus compañeras y compañeros, esta sensación que se transmite en enunciados como “bueno ya no se puede hacer nada, no se puede decir nada, no nos podemos vincular sexo-afectivamente, no podemos hacer un chiste...”. Se produce un repliegue desde el enojo, en simultáneo que se inicia una búsqueda de disciplinamiento hacia aquellas que levantan la voz para denunciar estas prácticas. Ese es un fenómeno que tenemos que tener en cuenta porque en muchos casos esa desorientación, ese enojo, ese malestar, no está necesariamente politizado, ideologizado u organizado, pero puede estarlo. Y cuando deviene en organización lo hace claramente con un sentido reaccionario. Hoy muchos de los pibes que siguen a los referentes de las nuevas derechas mal llamadas “libertarias”, tanto a nivel local como a nivel global, son quienes ubican a los feminismos y activismos de las diversidades y disidencias como sus principales enemigos públicos<sup>6</sup>. Entonces, es necesario atender a que estos pibes también pueden ser parte de las sensibilidades y subjetividades que habitan nuestras escuelas, y es importante trabajar con ellos. Cuando decimos con extremo optimismo que son contemporáneos a la “revolución de las hijas” y son los hijos de la ESI, dejamos de caracterizar que también este malestar, este enojo, habita a las juventudes y adolescencias hoy<sup>7</sup>. Tenemos que trabajar para disputar la interpretación de esos malestares entendiendo que no son responsabilidad de sus compañeras feministas que denuncian las injusticias y las violencias,

---

6 La escena política contemporánea en Occidente está marcada por la emergencia de actores políticos auto-denominados “libertarios”, que combinan las históricas posturas anti-estado del ideario libertario anarquista, con las posiciones nacionalistas, xenófobas, misóginas y odiantes de las disidencias sexo-genéricas.

7 La expresión la “revolución de las hijas” es una autoría de Luciana Peker, periodista especializada en género, para definir lo que ocurría en las calles en el marco del discurso que dio en el Congreso Nacional en la audiencia por la legalización del aborto en el año 2018. Esta expresión se convirtió en una bandera del movimiento feminista y también fue el título de su libro *La revolución de las hijas* editado por Paidós en el año 2019.

sino que en muchos casos derivan de la frustración que tienen los varones ante la puesta en cuestión de los discursos y mandatos que tradicionalmente prescriben cómo tienen que ser. Considero que no podemos perder la oportunidad de generar herramientas para trabajar con esos pibes para que no consoliden esos enojos o malestares en posiciones político-ideológicas contrarias a una agenda de ampliación de derechos.

Creo que otra alternativa que muchas veces sigue siendo una encerrona para los pibes que no se ubican en la posición más reaccionaria es la del reacomodarse rápidamente desde discursos y prácticas que cambian de manera muy superficial. Algunos de los aspectos que sus compañeras vienen cuestionando y que de algún modo los deja en esta posición que hoy es enunciada y parodiada como la de “falsos aliados”. Muchas veces no hay un involucramiento genuino, sostenido, incómodo, que implique una revisión personal de las prácticas, sino cierta lectura de que hay formas de vivenciar la masculinidad que hoy están siendo fuertemente cuestionadas, incluso también para los varones adultos. Se presenta la idea de que hay que reacomodarse a la coyuntura, al clima de época, pero se realiza de forma más cosmética, produciéndose cierta subestimación de lo que sus compañeras están demandando. Ese varón que rápidamente se posiciona como pro-feminista, usa el pañuelo verde y el lenguaje inclusivo, pero no modifica sus prácticas personales y sexoafectivas es calificado como “falso aliado”. Ni siquiera como “falso aliado”, se dice directamente “aliado”, lo cual para mí es un problema. Porque si bien no es un concepto que me resulte muy afín, ni lo uso para mí mismo ni lo suelo usar para describir el involucramiento de los varones en esta agenda, sí creo que para los pibes que empiezan a sensibilizarse con esta problemática y a intentar ensayar algunas formas de acercarse a “apoyar” la lucha de sus compañeras, deviene en un concepto relevante porque uno de sus mayores temores es ser considerado aliado, en este sentido peyorativo que estamos analizando. Ser considerado aliado por otros varones que van a usarlo como una



forma de decirles que son “pollerudos”, que son “traidores al género”, que utilizan estos recursos porque “la quieren poner”, etcétera. Pero en simultáneo, muchas de sus compañeras van a decir lo mismo de ellos. No sólo reciben el concepto de aliado como insulto por parte de algunos varones, sino también por compañeras feministas que consideran que su aproximación no es genuina a esa agenda de lucha. Y a ese pibe que en general nadie le está demandando que rompa el pacto patriarcal, (porque lo cierto es que podría mantenerlo sin grandes costos) dice “bueno, para qué voy a sacar el pie del plato si voy a pagar costos por todos lados”. Y esto me pasó concretamente trabajando en un taller con pibes de cuarto año de un secundario, donde yo intervengo planteando la problematización de la presión grupal de los propios varones para no correrse de ese guion de, por ejemplo, mandar pruebas al grupo de WhatsApp de la piba con la que estuvo, y el pibe me dice “pero ¿sabés qué pasa? hoy hay otras presiones” y le digo “¿como cuáles?”, “como no quedar como un aliado” me dice... Para él “aliado” era quedar en un lugar no sólo incómodo sino estabilizado, en un lugar donde iba a pagar costos por todos lados, iba a ser mal visto. Cuando un pibe no tiene los recursos para poder salir colectivamente de esos lugares, probablemente opte por quedarse en silencio donde está, no perder su grupo de pertenencia de varones y no quedar a la vez como alguien que la está careteando para las pibas.

En este sentido podemos pensar el trabajo con varones como una reparación hacia las compañeras mujeres, registrar el daño que generamos y empezar a trabajar en repararlo. Pero también es importante pensar este trabajo en términos de una reparación de las propias heridas porque, en general, para poder devenir en sujetos violentos, antes fuimos violentados. Y si no podemos hacer esa reconstrucción, muy difícilmente podamos llegar al punto de reparar las prácticas que ejercemos sobre las demás. Es doloroso e incómodo pero a la vez alivia, porque permite reconocer las propias heridas, mucho más aquellas que son muy tempranas en nuestros recorridos vitales y que hemos llevado a algún lugar de nuestro inconsciente. Es una fuente

de alivio si tenemos el contexto colectivo que nos acompaña a atravesar ese dolor. Muchas veces me pregunto cómo construimos refugios para hospedar la incomodidad, para no sentir que implica un paso a la intemperie, a la soledad. En eso las compañeras feministas vienen trabajando hace mucho y por eso han podido avanzar un montón, porque generaron los espacios colectivos de contención para animarse a enfrentar a las violencias que padecieron, pudiendo visualizar que había un horizonte de salida que era colectivo. Yo creo que, en buena medida, las resistencias que tenemos los varones para encarar este desafío de frente es que todavía no generamos espacios de sociabilidad superadores. Imaginemos que en un grupo de WhatsApp de varones digo algo que cuestiona sus prácticas sexistas y violentas, ¿a dónde voy?, asumiendo que los espacios de mujeres son de mujeres, y nos están diciendo claramente que no son para que nosotros, varones, estemos ahí. ¿Hay espacios de varones que trabajen esta agenda?, ¿dónde?, ¿cómo son?, ¿se sostienen?, ¿perduran en el tiempo?, ¿te alojan desde la sensibilidad, desde la vulnerabilidad?

Me parece que estas son parte de las sensibilidades y desafíos que tenemos hoy en las instituciones y creo que es importante caracterizarlas para saber con quiénes vamos a estar hablando, cuáles son las situaciones que los atraviesan. Por supuesto que esta es una caracterización muy general que después tiene que ser situada en términos mucho más concretos y específicos en función de otras variables, como si el contexto de la institución es urbano o rural, con la pertenencia de clase de los pibes y pibas, con particularidades culturales, étnico-raciales y demás.

## **Dimensión conceptual: la masculinidad como dispositivo de poder**

A partir del trabajo activista y académico empezamos a intentar esbozar algunas formas de conceptualizar esta problemática de la

masculinidad y las masculinidades entendiendo que mucho de los esfuerzos que se venían haciendo por parte de intelectuales o militantes en torno a estos temas estaban orientados a visibilizar que las masculinidades también son heterogéneas y están de algún modo atravesadas por todas las intersecciones, esto es: orientación sexual, pertenencia de clase, étnico-racial, discapacidad, generación, etc. Algunos consideramos que el esfuerzo realizado por destacar el carácter plural de la masculinidad había dejado sin problematizar, teorizar, politizar y cuestionar su dimensión singular, en tanto norma de género, mandato, dispositivo de poder. Creo que de algún modo esta distinción podría asimilarse a la discusión entre géneros en plural, en tanto identidades, subjetividades, corporalidades múltiples, diversas y heterogéneas; y género en singular como un mandato, norma, dispositivo. En este sentido, podemos hacer una precisión conceptual que en principio propone pensar, por un lado, a la masculinidad en singular como norma, mandato, dispositivo de poder que está orientado fundamentalmente a la socialización de las personas que nacemos con pene y testículos para devenir varones. Plantearlo en un devenir es entender que “varón” no es una categoría biológica ni natural, sino que es una construcción social, histórica, política que es resultado de un proceso de socialización de género. Lo que planteo es que la socialización de género en los mandatos de masculinidad supone ciertos procesos específicos orientados a que los varones pensemos, creamos, sintamos que los cuerpos, los tiempos, las energías, las capacidades, las sexualidades de las mujeres, de las feminidades, deberían estar a nuestra disposición. Nos socializan para pretender o para esperar que las mujeres estén a nuestra disposición y eso se va a expresar de manera muy diversa; algunas muy explícitas, crueles y letales como el femicidio, pero también la violación o el abuso sexual. Esto es pretender disponer de la mujer, de su cuerpo, de su sexualidad incluso al punto de disponer de su vida. Pero también se va a desplegar en modalidades mucho más sutiles, imperceptibles, cotidianas en las que fuimos socializados un montón de personas sin

necesariamente caer en el extremo de la violación o del femicidio. Creo que esta idea del dispositivo nos permite también pensar en las violencias como un continuum, que va desde modalidades sutiles y cotidianas a modalidades muy crueles -que no dejan de ser cotidianas lamentablemente- pero que son más claramente reconocibles como violencias machistas extremas.

Pienso que en algún punto parte de nuestra intervención pedagógica tiene que estar orientada a reconocer cómo se despliega este dispositivo en nuestras vidas cotidianas. Esto es, cómo podemos generar preguntas que nos permitan reconocer en qué medida estamos pretendiendo disponer de nuestras compañeras, de sus tiempos, de sus cuerpos, sus energías, sus capacidades, etcétera. Traigo como ejemplo el relato de ciertas secuencias de una relación sexual consentida, heterosexual, donde no hay un “no” que amerite pensarlo en términos de abuso/violación, pero tampoco hay el registro de un “sí” que permita pensar que eso es una relación sexual deseada donde el placer sexual también sea distribuido con una mínima reciprocidad. Hay ejemplos de relatos muy fuertes de compañeras donde plantean que ellas no habían dicho que no, que no era una relación sexual que no quisieran, que les gustaban esos pibes, que habían accedido a irse a la casa con ellos, pero que a lo largo de la relación empezaban a identificar que no querían seguir avanzando, que no le estaban pudiendo decir que no, pero que ellos no registraban nada de todo esto que a ellas le estaba sucediendo. No registraban que no los besaban con la misma intensidad, no registraban que no eran ellas la que se desvestían ni los desvestían a ellos, no registraban básicamente nada, más que su propia voluntad de avanzar en esa relación sexual. Habría que ver hasta dónde se puede hablar de “relación”, algo que no termina de involucrar a la otra persona que está ahí presente. A veces lo traigo desde el relato de los varones, que cuentan todo lo que “le” hicieron a esa piba con la que estuvieron el fin de semana anterior y su desempeño, su performance sexual, y las veces que acabaron, y no sé qué, y vos le decís “¿y ella cómo la pasó?”, “¿cómo ‘cómo la pasó’?”,

“claro, vos me contaste todo cómo lo pasaste vos y ahora te pregunto cómo la pasó ella”, “no, ni idea...”. El no registro de la posibilidad de pensar el placer sexual desde la reciprocidad me parece que tiene que ver un poco con esto, con pretender disponer del cuerpo y la sexualidad de esa eventual compañera para la propia satisfacción, para el propio relato que después voy a compartirle a otros varones y así ratificar mi propia masculinidad viril y heterosexual, pero no hay una pregunta por la distribución de ese placer.

Así como también podemos plantear ejemplos que nos permiten pensar la división sexual del trabajo en el marco de lo doméstico, en el marco de los espacios laborales: me tomo un café con leche, voy y dejo la taza sucia en la bacha y más tarde me quiero tomar otro, pero espero encontrar la taza limpia, no voy con la idea de encontrarla sucia otra vez. Si yo no dispuse de mi tiempo para que la taza estuviera limpia, si no la lavé, ¿por qué voy a pretender encontrarla limpia? Bueno porque estoy pensando que alguien va a venir atrás mío a lavarla porque su tiempo es menos relevante que el mío, que yo puedo hacer algo más deseable o más importante con mi tiempo que lavar una taza, pero voy a estar esperando que otra lo haga por mí. Eso también es una forma de pretender disponer de las demás de una manera mucho más sutil, probablemente más inofensiva, pero que reproducida de manera sistemática y cotidiana a lo largo del tiempo genera como efecto la reproducción de relaciones desiguales entre los géneros. Creo que la pregunta por la forma en que se despliega este dispositivo, como disponer del espacio en el marco de la escuela, disponer del patio del recreo, disponer de los tiempos y de la atención de los docentes, me parece que hay muchas formas en las que se puede desplegar. También en las relaciones laborales entre el cuerpo docente muchas veces a los varones se les exige menos que a sus compañeras. Por ejemplo, a la hora de distribuir el trabajo grupal en el marco de una cátedra, los varones nos desentendemos de todas aquellas tareas que tengan que ver con la gestión más administrativa, comunicacional, afectiva, emocional. Delegamos, en el ejercicio de

esos micromachismos utilitarios, todos aquellos aspectos de nuestro trabajo que no nos resultan gratificantes o que no nos van a generar ningún tipo de reconocimiento o retribución. Y me parece que esos son algunos de los aspectos desde donde podemos pensar cómo esta conceptualización de la masculinidad como dispositivo de poder, asociada a disponer de todas estas dimensiones de la vida humana de les otros, es una política extractivista.

Es importante a su vez visibilizar y problematizar que no todas las masculinidades son el producto deseado de este dispositivo, que esta norma falla también. Que la norma va a ser citada en nuestras formas de asumir el género masculino, pero también va a ser desplazada, profanada, cuestionada, desaprendida. Es decir, que las masculinidades en tanto identidades, en tanto subjetividades, van a ser múltiples y no van a ser el mero resultado de lo que este dispositivo pretende. Si concebimos que las masculinidades son simplemente el fiel reflejo de este dispositivo, es muy difícil pensar que hay formas de desplazarse. Y, además, podemos caer en el riesgo de negarle la masculinidad a aquellas personas que no son varones cisgénero y heterosexuales, porque este dispositivo no reconoce a esas identidades como masculinas. Quienes problematizamos este dispositivo sí tenemos que reconocerlas y visibilizarlas: hay masculinidades trans, hay masculinidades no-binarias, hay masculinidades lésbicas. Hay masculinidades que aun siendo de varones cisgénero y heterosexuales, por su pertenencia de clase, étnico racial, con discapacidad no van a alcanzar a desplegar estos privilegios y estas condiciones de jerarquía que estábamos describiendo. Hablar de los privilegios de género requiere una contextualización, no va a ser lo mismo si estamos trabajando el tema en espacios con pibes privados de su libertad, que si lo hacemos en escuelas a las que asisten chicos de clases medias o de elite. Y algo que me parece importante también cuando trabajamos con varones, es contemplar que, si estos dispositivos son mandatos y son norma, somos sujetos sujetos al género. No se trata simplemente de un privilegio al que yo puedo renunciar. Es decir, no caer en esos discursos

sos más consignistas donde pareciera que somos sujetos soberanos, plenamente conscientes de cada una de nuestras prácticas y que con identificarlas, a partir de una interpelación, podemos transformarlas. Hablar de que estamos sujetos al género, a una norma, es entender que eso fue parte de nuestra constitución subjetiva e identitaria, de nuestros afectos y emociones, y que cuestionarlo y transformarlo es un proceso complejo, costoso, doloroso. De algún modo si simplificamos dicho proceso y caemos en la idea de que es simplemente un imperativo moral, probablemente estemos generando más resistencias de las que podemos alojar en esos espacios, además de mucha frustración. Frustración en las pibas que están esperando esos cambios porque lo necesitan para vivir libres de violencia, básicamente; pero también en los pibes que terminan reacomodándose, como decíamos antes, incorporando algunos discursos y prácticas para restablecer rápidamente la imagen que tienen de sí (de ellos mismos y las personas con las que se vinculan), sin apostar a un trabajo más continuo y sistemático que es más complejo, porque en muchos casos implica dejar de ser quienes somos, nada más y nada menos, y eso no pasa simplemente por una renuncia consciente, como si dijera “dejo este privilegio acá”. Me parece que eso también es parte de la complejidad, en términos de la conceptualización que hacemos del género y de los varones como sujetos de género. También el contexto en el cual vamos a intervenir, porque hace a las sensibilidades que habitan los espacios en los que trabajamos, y creo que también estas complejidades requieren pensar desde dónde vamos a encarar la dimensión pedagógica y metodológica de nuestro laburo.

Volviendo a la distinción entre masculinidad en singular y masculinidades en plural, creo que la ESI debe ayudar a erosionar la legitimidad de la masculinidad en tanto dispositivo de poder, al tiempo que habilita y promueve la construcción de masculinidades no sexistas, más libres, diversas, justas y saludables.

## **Dimensión pedagógica: una Educación Sexual Incómoda**

Trabajar desde la ESI implica necesariamente interpelar, problematizar y en lo posible abandonar los esquemas de la educación bancaria. Es básicamente incompatible trabajar sobre la dimensión de la experiencia, de la vivencia y de lo emocional -que son constitutivas del género- únicamente desde la exposición del marco conceptual y normativo y lo que muchas veces se plantea como una “educación en valores”. Valores que son básicamente los de quien educa, que no recoge, no pregunta, no trabaja, no interpela, los de las personas que son -o deberían ser- parte de ese proceso colectivo de problematización. Además, lo bancario roza una postura colonial, es “mi” posición la que es válida y son estos los valores en los cuales quiero educar. Muchas veces la ESI tiene ese riesgo cuando es incorporada de una forma más superficial y queda atada a su dimensión más preventiva, biomédica, donde la sexualidad es entendida como un riesgo, lo cual ha sido retroalimentado en la actualidad por esta mirada más punitiva. Es como una ESI para restablecer el orden de eso que antes parecía que no pasaba pero que en realidad no lo estábamos viendo, que viene a tapar de algún modo el síntoma de la interpelación que provocan los feminismos.

Propongo pensar en una ESI donde lo integral sea lo incómodo, yo digo una Educación Sexual Incómoda, que esta “I” tenga un poco que ver con abandonar toda pretensión de armonía; que un espacio destinado a problematizar las relaciones de género nos permita comprender que son relaciones de poder y que no vamos a poder cuestionarlas ni transformarlas si no atravesamos la incomodidad. Y que, al mismo tiempo, no haga de la incomodidad un fin en sí mismo sino un medio para permitir politizar lo personal e identificar cómo esas relaciones de poder se plasman en mi vida cotidiana, en mis relaciones sexoafectivas, amistades, familia, espacio de trabajo, de militancia. Esto es de una gran complejidad y desafío pedagógico: cómo hacer que la incomodidad no sea expulsiva, sino que podamos crear



contextos colectivos de confianza, de contención, para hospedar la incomodidad, para poder hacerle lugar y no sentir que las resistencias que esa incomodidad genera expulsan a las personas del espacio.

Se presenta un gran desafío que tiene que ver con cómo laburamos desde lo lúdico, desde lo vivencial, desde la contención emocional, para no hablar por encima ni por fuera del problema, sino tratar de generar un contexto de problematización sin juicio. Esto resulta vital para que podamos sostener esos espacios y que no sean actividades extraordinarias que se hacen de vez en cuando, porque cuando esa incomodidad no es cuidada genera efectos contraproducentes que resquebrajan aún más las relaciones y los vínculos.

Esa incomodidad no puede ser sólo algo que les proponamos a los pibes y las pibas en las escuelas, también nos tiene que habitar a los adultos y adultas que queremos trabajar sobre ESI. Tenemos que politizar nuestras propias relaciones personales y por eso muchas veces encontramos resistencias y preferimos no trabajar o hacerlo desde una perspectiva bancaria, porque es mucho más desimplicada en términos subjetivos. Además, esa incomodidad tiene que ser institucional: revisar las formas en las que habitamos nuestras instituciones y en que se despliega ese dispositivo de masculinidad, es decir, no sólo en las prácticas interpersonales de los pibes y las pibas que son las que generalmente estallan como problemas.

Por último, hay un trabajo para hacer con los varones, que tiene que ver con generar los recursos para interpelar cierta racionalidad abstracta que muchas veces redundante en una impostura: “reflexionamos sobre el patriarcado, la deconstrucción, las violencias” como algo que está por fuera de nosotros, que describimos y analizamos pero que no lo hacemos asumiendo la parcialidad, los intereses y las responsabilidades que tenemos en el marco de ese problema. Creo que para poder ir hacia esa dimensión tenemos que apostar a partir de la propia experiencia, de las propias vivencias, que las preguntas y las dinámicas que utilicemos nos impliquen en el espacio de reflexión. Para que de algún modo el género sea una pregunta incómoda pero

además siempre sea una pregunta por uno mismo, propia, colectiva, comunitaria, relacional, que no pierda ese lugar de asunción de la propia implicación con el problema que estamos queriendo trabajar, que no aparezca como un contenido más sino como una invitación a repensarnos.